

PIEDAD.

(LEYENDA DE NOCHE-BUENA.)

I.

¡Navidad, Navidad! fiesta de la infancia y de la niñez, día glorioso de una religión santa; el corazón palpita del más puro entusiasmo al aspirar la regalada poesía que traen consigo tus esperados momentos! Noche de amor y de recuerdos, ¡bendita seas! Solo tú puedes arrancar lágrimas de ternura, así a un corazón insensible y gastado ya, como al que se abre por primera vez a los dulces afectos de la vida; solo tú puedes producir en ellos esos deliciosos y gratos transportes de regocijo, de veneración y de cariño que nos recuerdan nuestra primera edad; y solo tú, en fin, puedes inspirar al mismo tiempo en todas las almas sentimientos elevados y piadosos y unirlos con el invisible lazo de una común adoración. ¡Cuántos esperan tu llegada para elevar á Dios sus ardientes oraciones, porque ese día en que es la fiesta de la inocencia todo es amor, misericordia y regocijo en el cielo! ¡Cuántas madres desean los dolores del parto durante tus sagradas horas, para que el inocente fruto de tus amores respire el puro, aromático y bienhechor ambiente de la santa Navidad!

La naturaleza, al acercarse el 24 de Diciembre, derrama con profusión sus más ricos tesoros y se engalana con sus más gallardos atractivos; las montañas se cubren de un manto de blanca nieve, símbolo de pureza, y exhalan salvajes

y delicados aromas; el ambiente corre veloz por las llanuras y los valles, sembrando en su camino la animación y la alegría; las aves dejan la tristeza que en ellas produce el invierno y entonan armoniosos trinos; y por último, hasta parece que es más suave y apacible el rumor de los bosques y el de las cristalinas corrientes. Por do quiera brotan flores, y por do quiera también hallamos rostros animados de indefinible contento: en la choza más humilde y lejana, en la aldea más apartada y silenciosa, se oyen cantos de alegría y de placer; aquí candorosos niños recorren las huertas en busca de flores silvestres ó de heno para adornar sus nacimientos; allá algunos campesinos de corazón sencillo y faz serena elevan enternecidos al cielo sus bendiciones, después de haber oído de los labios de un anciano la pética y misteriosa leyenda de Bólen; acullá, finalmente, las alegres músicas lanzan al viento sus acentos entusiastas, llenando de santo alborozo á las muchachas de la aldea. ¡Oh, noche de Navidad! tú que disipas las tormentas del corazón con las ideas de esperanza y de ternura que infundes; tú, la más bella de los tiempos, la que más aman los niños y hermosea la naturaleza, bendita seas!

II.

Reclinada sobre la falda de la montaña, medio ocultas sus casas entre ár-

boles frondosos: así se ostenta mi aldea querida, la cuna de mi infancia y de mis recuerdos. Las aguas que bajan saltando de los vecinos cerros, riegan las cañadas, los extensos platanares, las olorosas huertas cultivadas siempre por honrados labriegos, que las animan con su presencia y las alegran con sus cantos. La iglesia, modesta, limpia y blanca como una paloma de paz, apenas se divisa á lo lejos, escondida como está entre majestuosos tamarindos: tan solo la santa cruz asoma sobre el ramaje de éstos, como para señalar la morada de Dios, refugio del fatigado viajero de la vida, ó como para proteger de los rayos y las tempestades del cielo, el pacífico y honrado caserío que la rodea. Muy cerca del pueblo, á una distancia que casi permite ver el movimiento de los árboles, están las escabrosas montañas y los pintorescos bosques envueltos al aparecer la aurora en el manto de impalpable gasa formado por las nieblas de la montaña; y después, cubiertas de verdor y teñidas al caer la tarde de un azul suave y purísimo. ¡Oh bellotas de la tierra natal! ¡oh perspectivas del campo que nos vió nacer! siempre venís á la memoria de los que os aman, como mensajeros de sabrosos consuelos, de esos consuelos que halla el corazón sensible en los recuerdos del pasado.

Cuando regresé al hogar de mis padres, después de seis años de ausencia, las lágrimas que salían de mis ojos me impedían ver distintamente aquellos lugares tan queridos de mi corazón: sentía sobre mi frente las caricias de una brisa perfumada por flores que yo no había olvidado; y el rumor de las aguas deslizándose sobre las cañales de las huertas, los cantos, las canciones, formaban á mi alrededor un concierto conocido por mí, que me hacía recordar embelesado los dichosos días de mi inocente infancia. Cuando mis brazos cayeron el talle de mi madre; cuando los sollozos ahogaban mi voz; cuando mis hermanos me rodeaban esperando cada uno su turno; y mi padre, trémulo de emoción y sin poder dirigirme la palabra, se lanzaba á estrecharme contra su

pecho, sentí en mi interior algo como el vértigo de una felicidad inmensa, algo que sacudió mi cuerpo y mi alma con tan violenta rapidez, que me vi libre de las penas, de los temores, de los recuerdos dolorosos que por tanto tiempo me habían atormentado.

III.

La casa en que habitaba mi familia, estaba situada á un lado de la iglesia, en seguida de la que ocupaba el señor cura: un amplio portal ocupaba la parte de afuera, y en la interior estaban, después de otro pequeño, un poblado jardín y una bien cultivada huerta; sus árboles siempre verdes y frondosos, daban espesa sombra y con sus agradables aromas perfumaban el ambiente. ¡Cuántas veces mis hermanos y yo esperábamos á mi padre en aquel portal, de vuelta de sus trabajos del campo, gozosos de poder referirle nuestros triunfos de escuela y dispuestos á disputarnos sus primeras caricias! ¡Cuántas veces también, Dios mío, oímos de sus labios sanos consejos, descansando él en la hamaca y rodeándolo nosotros; y le licimos juez de nuestras querellas infantiles! ¡Ay de mí á mi vuelta no ví repetidas, como en otro tiempo, estas inolvidables escenas: mi padre, anciano ya, había dejado sus excursiones campestres; y mis hermanos, educados por él en la escuela práctica de sus negocios predilectos, hacían sus veces en ellos, con éxito satisfactorio: á todos los encontraba sosegados y felices.

Solo yo, que había preferido correr los azares del que se separa del hogar que cobijó su infancia, volvía á él como el hijo pródigo, arrepentido de mi ingratitude, con el desaliento y la tristeza en el alma, con el remordimiento en la conciencia. Quería borrar el recuerdo de mis imprudencias entregándome al trabajo, á los duros afanes del campesino; y me prometía hallar dulcísima recompensa en la satisfacción que por ello sentiría mi padre, en la inalterable paz que disfrutaría estando á su lado, al de mi madre y al de mis honrados hermanos. Todos sonrieron al participármelo y mi resolución: ¡ellos, que sabían el

género de vida que había llevado, dudaba de que la pudiese cumplir, y tenía razón!

—Olvidan ustedes—les dije alguna mortificado por aquella desconfianza que yo bien merecía—que el hasta que siento hacia la vida de ciudad, está testiguado por las renunciaciones que voluntariamente he hecho de las nuevas mercedes con que quería detenerme el señor M.**

Además, hay otras circunstancias, que no es fuerza decir ahora, que me hacen desear vivir aquí; siendo la principal de ellas, mi amor á ustedes, avivado por tanto tiempo de separación, y no muerto, como me dijeron en una carta.

—Pues es por demás encarecerme, me respondió mi padre conmovido, el regocijo que nos das oyendote hablar así, y sobre todo, viniéndote á vivir con nosotros. No dudo que cuanto nos has dicho sea la verdad; pero como es difícil que el que está acostumbrado á una vida cómoda y prescindida de ella en un momento de impaciencia, se acostumbre á otra de trabajos, y acaso de privaciones, es de mi deber advertirte que estás en absoluta libertad para elegir las ocupaciones que mejor se avengan á tus costumbres y á tu gusto.

Y sin darme tiempo para responder á sus generosas palabras, agregó:

—¿Quieres ir mañana conmigo al Cerro? Allí vive ahora D. Braulio, de quien acaso te acordarás. Se fué del pueblo desde que tuvo la desgracia de perder á su esposa, que esté en el cielo.

—Tenía una hija ¿no?—pregunté á mi madre—creo que estará ya muy grande.

—Sí, se llama Piedad y se ha puesto hermosa. ¿No te acuerdas que todos ustedes jugaban con ella siendo todavía muy niños?

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Pero por qué D. Braulio está allá tan solo? ¿Estaba la niña contenta?

—Solo ella lo sabe: la pobrecita, siempre que le hacen esa pregunta, dice que sí; pero yo he notado que cuando viene al pueblo se va muy triste: acaso le pesa dejarlo. Es muy buena niña, muy dócil y amable.

—Si D. Braulio consiente—observó mi padre—se vendrá ella con nosotros y pasará aquí la Noche-Buena.

—¡La Noche-Buena!—exclamé lleno de júbilo. Sí, ya está próxima.

Y sentí mi corazón henchirse de pacífica alegría y de no sé qué suave tristeza al mismo tiempo, ante los dulces recuerdos que esta palabra trajo á mi memoria. ¡Ella me recordaba mi niñez y la de mis hermanos, las fiestas del pueblo y las del hogar de mis padres!... Pensé en Piedad, la sencilla y hermosa compañera de mis juegos infantiles, y comencé á acariciar desde aquel momento mil ensueños de felicidad para ese día ya tan esperado.

IV.

Al día siguiente mi padre y yo nos pusimos en camino para la casa de D. Braulio.

Bella, imponente y majestuosa aparece la naturaleza ante los que de ella han estado alejados por mucho tiempo. Yo, nativo de aquellas montañas, las atravesaba sorprendido y admirado, contemplando con verdadero placer sus espléndidas faldas y en rica y exuberante vegetación; los gigantescos árboles, los collados, los misteriosos rumores de aquellas soledades, los fértiles y pintorescos valles que se extendían al pie de escarpados montes; todo recreaba agradablemente mi vista, y me hacía respirar con deleite el aire embalsamado de la montaña. Sentía yo, además, en mi alma un bienestar indecible, tal como jamás lo había sentido en mis locas diversiones de la ciudad.

Cerca ya del medio día, empezamos á oír los ladridos de los perros; y la casa de D. Braulio, situada cómodamente en el fondo de una hermosa cañada, apareció á nuestra vista. Llegamos, y fuimos recibidos con franca hospitalidad; mas como el bueno y honrado campesino á quien íbamos á visitar, no me conociese ya, me saludó con cierta frialdad y ceremonias no acostumbradas por él. Mi padre que lo observó, lo dijo:

—¿Cómo! ¿no se conocen ustedes? ¿ya no se acuerda usted de Julio, D. Braulio?

—¡Pues qué!—respondió éste con experiencia—¿es Julio?

—El mismo, para servir á usted—concluyó yo bajando del caballo.

—¡Dios santo!... Pero muchacho, ¿quién te había de conocer si estás tan hermoso? Piedad—continuó nuestro amigo alzando la voz—ven acá y mira quien está aquí. ¡Pero, cuándo vino, dónde ha estado, qué se ha hecho en seis largos años?—agregó después dirigiéndose á mi padre.

—Llegó hace pocos días, D. Braulio: lo demás él se lo dirá á usted.

Era D. Braulio un campesino rico, de esos que aman sus montañas y las costumbres en que han sido criados; de vida sencilla y libre de inquietudes, oscura y aislada, pero que ellos prefieren á cualquiera otra, por muchas y deliciosas que sean las comodidades de que en esta puedan disfrutar. Hijo único de unos acomodados montañeses, su juventud se había deslizado tranquila, libre y feliz en aquellos apartados sitios: cuando quedó huérfano y se vió dueño de una regular fortuna, buscó una compañera que la acompañase en su soledad, y se casó. Se fué entonces á radicar al pueblo, ya por complacer á su esposa que así se lo pidió, ya por no sufrir incesantemente el dolor que le causaba verse sin sus amados padres habitando la casa en que se había medido su cuna. De entonces databa la íntima amistad que al presente le unía con mi padre: pues vecinos en el pueblo, y dedicados ambos á las mismas labores en el campo, habían tenido frecuentes ocasiones de tratarse, de hacer excursiones juntos á lejanos lugares de la sierra, y de unir su suerte en el buen ó mal éxito de algún negocio. Cuando murió su esposa, D. Braulio se volvió á la montaña triste y desconsolado; querían ocultar su desgracia en la antigua casa de sus padres, acompañado solamente de su hija Piedad, angelical criatura que yo había dejado muy niña, y de algunos criados: su vida allí fué tranquila y sosegada, pues como él mismo decía, el trabajo, las fatigas y aun las molestias á que se entregó, le servían

de distracción. Al pueblo bajaba rara vez con Piedad, generalmente los domingos para oír misa; pero apenas se detenía en él, pues se volvía inmediatamente á la montaña.

D. Braulio decía que ya no debía yo conocerlo por haber cambiado en todo; pero desde luego que le divisé reconocí en él al antiguo é íntimo amigo de mi padre, no estaba en verdad, como la última vez que lo había visto, sano, robusto, con semblante risueño y alegre; pues la pérdida de su esposa había destruido su naturaleza afligiendo profundamente su alma; más lo hallaba yo franco y amable como siempre, y me trataba con esa familiaridad encantadora de antiguos conocidos, al mismo tiempo que con cierta superioridad paternal, disimulable en los que nos han tenido en sus rodillas y han acallado con sus caricias nuestro llanto de niños.

V.

Después de un momento de conversación, D. Braulio, observando que no se había presentado Piedad, exclamó:

—Pero esta niña que no viene... ¡Hija!...

—Voy, papá—contestó una voz dulce y suave que desde luego resonó agradablemente en lo íntimo de mi corazón.

—Vamos á ver—agregó D. Braulio en voz baja y dirigiéndose á mí—si te conoce Piedad.

Esta se presentó en aquel momento, tímida y pudorosa, resplandeciente de hermosura y de modestia: apenas podía yo reconocer en ella á la niña que había dejado al alojarme en mi pueblo! Las suaves y apacibles gracias de la infancia se mezclaban de un modo inexplicable á los encantos y hechizos de la adolescencia; era una rosa en el momento de abrir su brocha y ostentar frescos y loznos sus delicados pétalos. En aurore de la juventud iluminaba aquella frente, blanca como las azucenas de la montaña, y encendía sus miradas en el casto fuego de la honestidad: había en sus movimientos recato y sencillez, y todo denunciaba en la hermosa joven una bella nieta, poseedora de la inocencia del niño y del modesto rubor

de la virgen. Envolvía su esbelto talle en un fino pañolón de seda, oscuro y de rayas verdes, bajo el cual se veía su vestido de blanca muselina salpicada de florecillas encarnadas; llevaba snelta sobre su espalda, y húmeda aún del baño, su espesa, negra y sedosa cabellera que se agitaba blandamente al andar.

Nos saludó, sin atreverse á mirarnos. ¡Qué dulce era su acento!

—A ver, hija, ¿conoces al señor?—le dijo D. Braulio señalándole.

Alzó ella los ojos para verme, y encontrándose con los míos, sus mejillas se tiñeron de rosa, de ese suave color que toma la nieve virgen de las montañas al verse sorprendida por el primer beso del sol.

—No, señor—contestó Piedad avergonzada—no recuerdo. . .

—Vaya, yo tampoco lo conocía ya. Pues, hija, es Julio, con quien jugabas en el pueble cuando ámbos erais niños. ¿No te acuerdas?

—Ah! sí,—exclamó la niña reconociéndome y dibujando en sus hermosos labios una graciosa sonrisa.—Está muy cambiado—agregó despues más animada y tratando de verme sin turbarse.

—Tú no lo estás ménos—le dije yo—y parece que te sienta bien vivir aquí ¿no es verdad?

—Como á tí to ha sentado pasar seis años por allá—me interrumpió D. Braulio. ¿Y crees que to habíamos olvidado? Que te diga tu padre lo mucho que te extrañamos desde que te fuiste, aquella santa que esté en el cielo y nosotros; y aun creo que algunas lágrimas corrieron por tu causa, ¿no, hija?

Me volví hacia ésta, y me pareció ver sus ojos próximos á humedecerse; inclinados al suelo, no pudieron leer en los míos la inmensa gratitud en que robosaba mi corazón. Sin dnda el recuerdo de su madre, evocado por D. Braulio, habia turbado súbitamente la serenidad do ánimo de la pobre niña. Por lo demás, aquella ternura de alma, aquel cariño que ella habia conservado hacia mí hasta llorar por mi ausencia, me conmovieron de un modo indecible, haciéndome sentir una felicidad dulcísima,

una especie de inocente orgullo. ¡Cuán bellos y lejanos aparecieron en mi mente los felices años de mi infancia pasados al lado de aquella caudorosa niña!

—¿Es cierto, Piedad, eso que dice tu papá?—me atreví á preguntarle con voz que alteraba la emoción, y haciendo esfuerzos para afectar una serenidad que no tenía. Si es así, ya sabes que te lo agradezco.

Me vió apenas, y no atreviéndose á hablar, bajó los ojos.

—Yo también—continué volviéndome á D. Braulio—hacia frecuentes recuerdos de ustedes. Mis cartas así lo decían.

—Hombre, lo creo porque tú lo dices. ¡Pero qué tiempo habías de tener para eso, metido allá entre tanta gente lleno de diversiones, paseos y de quién sabe qué cosas más? Cuando uno goza no se acuerda ni de Dios.

—Así será, pero muchas veces pensé en ustedes. ¡Y cuánto he sentido no encontrar ya á D^a Teodora! Dios no lo ha querido.

—¡Que se baga su santa voluntad!—repuso el piadoso montañés lanzando un triste suspiro y viéndome con tierna gratitud. Ella descansa ya en el seno del Señor: así lo espero de su misericordia.

VI.

Mi padre y D. Braulio comenzaron despues á hablar de sus negocios. Yo me paré para ir á ofrecer á Piedad algunos pequeños regalos que habia traído para ella; y viéndola ya ménos tímida conmigo, le dije, cuando estuvimos solos:

—¿Conque té acordabas de mí, Piedad? ¡Qué buena eres!

—Y mi pobre mamá también, que esté en la gloria. ¡Y yo que no te conocía!—agregó riéndose. ¿Cómo te ocurrió venir?

—Por acompañar á mi padre; el quiere ahora ir conmigo á todas partes.

—Cómo no, si has estado en México tanto tiempo. Cuando venia á vernos y hablábamos de tí, se entristecía mucho, y se le conocía que quería que tú vinieras; pero ¿cómo no te llamaba, no?

Yo oía embelesado su dulce voz, y me eternecía leyendo en sus miradas la inocencia y la pureza de su alma. ¡Qué hermosa estabas!

—¿No quieres ir al pueblo, le pregunté, á pasar las Posadas y la Noche-Buena con nosotros? Empiezan dentro de tres días, y mi madre quiere que vayas.

—¡Ay, sí! yo también; pero mi papá ha estado enfermo estos días, y no quiero dejarlo solo.

—Pues irá con nosotros: diciéndose lo mi padre no se ha de negar.

—Quién sabe: él tiene la costumbre de llevarme todos los años, pero cuando ya falta poco para la Noche-Buena. En tu casa será la última Posada ¿no?

—Creo que sí, aunque mi madre no me ha dicho nada.

—¿Te acuerdas qué locuras hacíamos cuando éramos chicos?—prorumpió riendo de la manera más graciosa. ¡Cómo me acordaba de tí en las Noche-Buenas que han pasado!

—¡Hija!—gritó en aquel momento D. Breulio llamando á Piedad. ¿Tienes deseos de ir al pueblo, no es verdad? Las Posadas y la Noche-Buena se acercan, y la señora (así llamaba á mi madre) quiere que vayas.

—Como usted quiera—respondió la joven así que se acercó á su padre.

—¿No sabes que lo quiero?—agregó éste en tono de chanza.

—Es que todavía no está bien aliviado, y por eso:...

—¿Ha estado usted enfermo?—interrumpió mi padre.

—Sí, pero no ha sido gran cosa. Este dolor de costado que se me quiere acercar de cuando en cuando.... Si cuando no está ya viejo.... Pero ya me siento bueno, hija. Conque, prepárate para mañana: te irás con el Sr. D. Julian, que piensa salir á la madrugada para comiar con la fresca, y temprano están en el pueblo.

—¿Y usted no vá?—le preguntó la niña con acento cariñoso.

—Sí, hija, por supuesto que he de ir; pero será después, el día de la verdadera fiesta.

—Entonces sí voy—exclamó Piedad

llena de júbilo, y mostrando más desembarazo en sus palabras.

A medida que se sentía feliz, desaparecía su encantadora timidez, sin abandonar por eso aquel recato, aquella modestia que tanto la agradaban.

VII.

Al día siguiente, muy temprano, el ruido de los caballos en el empedrado del patio me despertó. Vestíme apresuradamente, salí afuera, y quedé sorprendido del bello espectáculo que se presentó á mi vista: la luna, teñida de ese color rojizo que Ossian describe en sus cantos, estaba próxima á desaparecer tras las cumbres más elevadas de la inmensa y majestuosa sierra; el lejano correr del río, que se percibía claramente, y el monótono y constante rumor formado por los insectos de los bosques vecinos, interrumpían el imponente silencio de la noche; en el cielo brillaban, puras y serenas, las inmovibles estrellas, despidiendo esos hermosos resplandores semejantes á los de un limpio diamante herido por la luz.

A poco de estar yo contemplando este cuadro, salió Piedad y se acercó á mí: venía envuelta aún en su hermoso pañolón de seda, y animaban sus ojos los rayos de la más inocente y sosegada alegría.

—¿Nos vamos ya?—le pregunté.

—Sí; yo en un momento estoy lista. La mañana está muy fría ¿no la sientes así?

—Con razón, si estamos en Diciembre, cerca ya de la Navidad. Cuando amanezca, vamos á ver las cumbres de la sierra blancas de nieve. Y este airecillo helado que corre y que tanto te va á molestar.... ¿Quieres que nos aguardemos hasta que salga el sol?

—No, no; si tengo tanto alboroto que ya se me hace tarde. ¿No sabes tú que á mí me gusta mucho madrugar? Mi papá, siempre que me lleva al pueblo, sabe que la *madrugadora* le ha de despertar: así me llama él.

—Yo lo decía por el frío, que está muy fuerte....

—No, no; por eso no; bien abrigada....

—Pues entónces vámonos. Mi padre viene ya.

En efecto, un cuarto de hora despues, todo estaba arreglado para marchar; entré á despedirme de D. Braulio, que por su salud delicada y reciente indisposición, permaneció en su cuarto: el pobre señor no podía disimular su tristeza al quedarse solo, por más que supiera que solo unos cuantos dias iba á estar separado de su hija.

—Les encargo mucho á mi niña—nos dijo á mi padre y á mí.—Si ha nevado, debe estar muy resbaloso el camino, y cuiden de guiar su caballo por las partes ménos malas. Y tú, Piedad, te vas muy quieta.

—Sí, papá.

—No quieras ir haciendo locuras cuando bajen al llano. Me la regaña vd., D. Julian, si no va con juicio—concluyó dirigiéndose á mi padre en tono de chanza.

—No le dé á vd. onidado: irá perfectamente. Conque, ¿basta el sábado, no? Hombre, váyase usted ántes; ¿qué hace vd. aquí solo?

—Veremos, Sr. D. Julian.

Despues de esta despedida, salimos. Piedad abrazó á su padre, le besó repetidas veces y fué á reunirse con nosotros.

—Me entristece dejarlo solo—me decía la dulce niña cuando yo la sentaba en su caballo. Pero irá pronto ¿verdad?

—Sí—le contesté enternecido—y de ese modo estarás allá más contenta.

¡Qué dulce era su voz, suavizada, por decirlo así, por el inocente candor de su alma y el cariño que profesaba á su padre!

VIII.

Bajamos de la montaña; y cuando la lina se habia ya ocultado tras la inmensa serranía, una poética claridad, un apacible resplandor comenzó á iluminar el Oriente: era la hora del alba, con todas sus pompas y armonías, con todos sus aromas y sus indescribibles bellezas. Las estrellas del cielo empezaron á palidecer y á ocultarse ruborosas entre el manto de la aurora; los gallos cantaban en la escondida choza del monta-

ñas, y en la lejana ranchería oíanse ya los primeros mugidos de las vacas; los pajarillos saludaban la alborada con sus alegres trinos, ocultos todavía entre el fresco ramaje de las arboledas que cubrían las hermosas faldas de la sierra; y por todas partes, en fin, percibíase ese alegre rumor de la mañana que anuncia el despertar de la naturaleza.

La escarcha, blanca y fina como polvo de plata ó de cristal, cubría los campos, las verdes ramas de los pinos, los peñascos y los extraviados senderos de los valles: del fondo de éstos veíamos ascender, ora azuladas columnas de humo salidas de la humilde choza del labrador, ora espesas nieblas que, cual girones del desgarrado manto de las montañas, flotaban al caprichoso empuje de los vientos; rozándose unas veces con las copas de los árboles y deslizándose otras sobre las elevadas cumbres, desaparecía al fin, en las alturas del cielo. De repente, el azul del firmamento tomó un tinte más puro y más hermoso; cubriéronse de encendida grana las blancas y ligeras nubecillas; la cándida nieve de la montaña, y todo pareció reanimarse con general alegría: era que el sol acababa de despuntar en el Oriente y que sorprendía á la tierra, engalanada de espléndidos atavíos, en su inocente entusiasmo.

Me volví á Piedad, que caminaba á mi lado, y su deslumbradora hermosura amortiguó inmediatamente en mi alma las impresiones profundas que aquella escena me causaba, haciéndole sentir otras más dulces, regaladas y deliciosas. ¡Ay de mí! No he visto desde entónces, proscribo del amor, la inefable expresión que sus miradas tenían en aquel momento; ni en encantos más seductores, más bellos y candorosos que los suyos, se han deleitado mis ojos y mi alma desde aquella mañana inolvidable. Sus mejillas, acariadas por la brisa del alba, estaban frescas, rosadas y pudorosas como las suaves hojas de una rosa de Castilla; sus negras y lucentes trenzas recogíanse bajo la faldita de un gracioso sombrerillo café, adornado de cintas negras de seda; y un ele-

gante tónico de montar, de color verde-caña, cubría su flexible talle, que airoosamente obedecía á los acompasados movimientos del caballo: Contemplaba yo con singular arrobo á aquel conjunto de bellezas, ante las cuales, las magníficas de la naturaleza que antes había admirado, me parecieron ya sin atractivo alguno; veía yo á Piedad revestida de todo el mágico encanto de la juventud, de toda la gracia de la candorosa inocencia, de toda la poesía que para un adolescente tienen los ensueños del amor. ¡Y cuánto y cuán profundamente la amaba ya! Habíame subyugado en pocas horas el fuego bonesto y apacible de sus ojos, su modestia, su sencillez y su candor; encontraba nuevas y bellísimas las virtudes que en ella había descubierto; agradábanme la delicadeza de sus sentimientos, su casto rubor, su inesfable mansedumbre y pureza de alma. Al verla tan cerca de mí en aquellos sitios agrestes y solitarios que yo amaba; al ver que no me encubría sus encantos ni se sonrojaba ya al dirigirle la palabra, sentíame dichoso y agradecido al cielo por aquellas dulcísimas horas que me daba y yo no merecía.

—¿Vas bien, Piedad?—le pregunté.—
—No te has cansado?

—¿Tan pronto? Si ya estoy acatunbrada á andar á caballo—me contestó con cierta satisfacción de sí misma.

—Bueno—interrumpió mi padre que en aquel momento se unió á nosotros y que había oído mi pregunta.—¿Conque no te sabes cansar?

—No, señor—contestó ella algo avergonzada y con cierta timidez.

—¿Y estás contenta? ¿Llevas deseos de divertirme mucho en las Posadas?

—Sí, señor; y si mi papá hubiera venido con nosotros más contenta iría.

—No todos los gustos ban de ser completos, hija—le respondió mi padre—pero luego vendrá.

Cuando comenzamos á descubrir las blancas casas del pueblo, el acento de las campanas que llamaban á misa llegó hasta nosotros; produciendo en mí

esa inocente y pacífica alegría del que se acerca á donde le esperan con amor y oye el sonido de las campanas que le son conocidas. Piedad se hallaba á mi lado en aquel momento.

—Estoy contento, muy contento—le dije entusiasmado.—¿Qué dichoso voy á ser en esta Noche-Buena! Y á tí te lo deberé, Piedad.

—¿A mí?—dijo ruborizada.—¿Por qué?

—Después te lo diré, le contesté sin mirarla.

Entretanto, pensaba en que muy pronto iba á comenzar para mí una vida nueva, llena de regocijo y de poesía, de felicidad y de amor. La dulce y hermosa niña, con una cándida azañena de la montaña, iba á derramar el perfume de su inocencia en la casa de mis padres, iba á alegrar nuestras fiestas del hogar y á contentarnos con su amable compañía.

Media hora después llegamos á casa.

IX

Mi madre recibió á Piedad con la alegría de quien recibe á una hija propia: la amaba tanto, que su presencia era para ella como necesaria en aquellos días en que todo era bullicio y animación. Entró Piedad á cambiarse de vestido, y poco después se presentó tan bella y graciosa como siempre, llena de satisfacción y de júbilo.

—Ahora á mí me toca—le dije sonriendo—vas á estar aquí como en tu casa.

Y así que me contestó con una de sus más tiernas miradas, fué á buscar á mi madre para conversar con ella un momento. Yo me salté al portal de afuera.

Los preparativos de la gran fiesta de Navidad habían ya comenzado en el pueblo, y en todas partes se notaba ese movimiento, esa algarabía que anuncian la próxima llegada de un suceso extraordinario: en la plaza se levantaban numerosas enramadas para los puestos de dulces, de juguetes y de nacimientos; las fachadas de las casas se limpiaban para hacerlas aparecer blancas y hermosas; las tiendas se surtian, llenaban

sus aparadores de sabrosas golosinas y se adornaban más y más de vistosos lienzos ó botellas de color: multitud de chiquillos recorrían alborozados las calles, gritando y cantando, felices y contentos. Al ver aquella alegría, no podía yo menos de participar de ella y de encontrarme á un tiempo: recordaba mis primeros años y mis inocentes alegrías pasadas, y me sentía dichoso á la sazón, viéndome al abrigo de mis padres, bajo el techo que me había visto nacer. Recordaba también las Navidades que había pasado en la ciudad y una dulce raelancolía se apoderaba de mi alma. ¿Cuándo un recuerdo no nos entristece?

—¿Qué fiesta tan poética, tan hermosa y tan general!—pensaba yo. En todas las partes se esperaba con impaciencia y recibida con júbilo; en todas partes es uno mismo el entusiasmo que produce, principalmente en los niños, que son los verdaderos ángeles de la tierra, los ángeles custodios de sus madres y de sus familias.

Deseando yo que Piedad viese también el cuadro que tenía á mi vista, corrí á buscarla, invitándola para que saliese á dar un paseo conmigo; pero ella prefirió quedarse y verlo todo tras las cortinas de una ventura.

Desde que llegamos á la casa, observé que se turbaba al dirigirse yo la palabra, que me ocultaba sus miradas, que su semblante, en fin, se cubría á menudo de un suave color de rosa, como si me quisiera indicar así que le causaba rubor verse tratada por mí con la confianza que acaso parecía extraña á los demás. Sus palabras no eran ya como en la montaña, ingenuas y rebosando cierta encantadora familiaridad: por el contrario, en todo lo que ella me decía, observaba yo una tímida reserva. Las almas que, como la de Piedad, están acostumbradas á la dulce libertad del retiro, pierden su espontánea franqueza, su serenidad y su ánimo expansivo cuando se hallan entre personas de carácter y de costumbres diversas de las suyas.

—Estás triste—le dijo—no venías así.

—Si yo no estoy triste; ¿quién te lo ha dicho?

—Como no hablas ya....

—Pero eso no quiere decir que esté como tú dices.

—¿Estás, pues, contenta?—le pregunté seducido por el acento con que pronunció estas palabras.

—Sí.

—Pero de seguro no tanto como yo.

—¿Por qué?

—Debias haberlo conocido ya: porque estás tú aquí.

—¿Sí?...—dijo ruborizándose.

—¿No lo crees?

—Pues no.

—Es porque no me conoces. Desde que he vuelto de México apenas he podido alegrarme una que otra vez, como estoy ahora. Vengo tan fastidiado....

—¡Ah! y ahora recuerdo, ¿por qué me dijiste eso en el camino?

—¿Qué cosa?—Ah, sí que por tí... Pues ya ves que no te he engañado; ¿acaso no me ves dichoso?

—Bueno, pero digo que por qué....

Piedad no me veía: finja examinar atentamente el secreto de un juguete que había sobre la mesa.

—Porque me causa alegría que estés tú aquí—acabé de decirle.

—Dime,—continué despues de un momento de silencio en que enagenado estuve contemplando su hermosura;—dime, ¿te gusta estar en la montaña?

—Mi papá lo quiere así—me respondió con sencilla ingenuidad—y vivo muy contenta: me sobra allá en qué entretenerme.

—Pero allá.... tan lejos.... ¿no te quisieras venir á vivir al pueblo?

—Sí, pero no se lo digo á mi papá porque él está allá mejor, y á mí me toca cuidarlo. Pero voy adentro á estarme con la señora.

Salí; y mucho tiempo despues de que había desaparecido, resonaba aún en mi alma el suave acento de su voz.

X

Entretenido yo en casa en diversas ocupaciones que inventaba para permanecer en ella, tenía oportunidad á cada momento de ver á Piedad, de observar

su manso carácter, su bondad y pureza de corazón, su inocencia y todas aquellas virtudes, en fin, que tanto realce daban á sus gracias naturales: deleite regalado era para mí oír el limpio y dulce metal de su voz, sus conversaciones con mi madre llenas de candor y de ingenuidad. Cuando me presentaba yo donde ella estaba, como mis miradas buscaban primeramente las suyas, bajaba ruborizada los ojos, permanecía callada y apenas se atrevía á mirarme: no parecía sino que mi presencia la mortificaba en extremo delante de los demás. Algunas veces, sin embargo, la sorprendía yo mirándome con singular atención y basta con cierto cariñoso interés: cuando yo hablaba, me oía sin apartar la vista de algua objeto cercano, como si quisiera ocultar de este modo la complacencia que sentía y que yo leía claramente en sus ojos: observaba también que solía buscarme con ímpetu y que venía á donde yo conversaba con mi madre ó con mi padre, permaneciendo allí en actitud humilde y distraída hasta que me iba ó la llamaban.

Pero no obstante estas preferencias suyas, tanto más preciosas y dulces para mí cuanto que ellas me anunciaban lo que yo tanto quería saber, Piedad evitaba ya quedarse sola conmigo como si temiese que su turbación me revelara sus sentimientos ó que mis labios se atreviesen al fin á decirle lo que ella sin duda sabía ya: que yo la amaba. Tales son las almas candorosas cuando abriga un cariño puro: se conforman con amar y ser amadas, sin desear ni esperar nunca que se las dirijan esas palabras vagas y extravagantes que ha inventado el lenguaje moderno del amor. Piedad ignoraba ese idioma; y tímida y humilde como son las doncellas virtuosas, ocultaba su amor modestamente. Acaso, si yo le hubiera hablado del mío, no me habría comprendido.

¡Amable niña, cuánto me enternece hoy tu recuerdo! Después de tantos años que han pasado desde entonces, te veo aún en mi memoria, pudorosa y sencilla como en aquellos días te ví; hoy admiro tu virtud, tu inocencia, tu cas-

ta honestidad, y apareces en mi mente como un sueño delicioso de la adolescencia, como una de esas vírgenes, radiantes de luz y de candor, que se dibujan en la fantasía de un poeta. Me acordaré siempre, estremeciéndome, de la felicidad que en aquel entonces, innódo mi pecho, del temor y de la modesta humildad con que aceptaste mi cariño y con que me dabas pruebas del que yo te inspiraba. ¡Cuán superiores eran tus méritos de niña inocente y pura á los de otras mujeres que después me han fascinado con su belleza!...

XI

Un día, varios amigos me invitaron para que los acompañase á una excursión que pensaban hacer al interior de los bosques de la montaña: faltaba ya solo un día para el de Navidad, y ellos querían ir á traer el heno más fresco y abundoso, verdes ramas de pino y las flores silvestres más olorosas y más bellas, para regalar á las jóvenes del pueblo que debían poner *nacimientos* en sus casas. Acepté con gusto, y di orden para que me preparasen el caballo. Mi madre, en compañía de Piedad y algunas mujeres, arreglaba en el salón los adornos para la Posada de ese día, que debía darse en nuestra casa. Entré para despedirme y le dije:

—Ya sabe usted á dónde voy ¿no? Estaremos aquí de vuelta en la tarde.

El rostro de Piedad se inmutó ligeramente, y manifestó como pesar ó extrañeza de que yo me fuera: sus tímidas miradas así me lo dijeron. Mi madre me hizo algunos encargos y me enumeró lo que había de traer de la montaña para adornar el salón y el altar: pero Piedad nada me dijo.

—Tal vez acompañe mañana á mi padre—continué—pues según me había dicho, tiene que ir á acabar de arreglar al rancho lo de los peones que han de comenzar á trabajar la semana que viene: de vuelta pasaremos por D. Braulio; así es qué sería bueno que mandara usted arreglar todo para tenerlo prevenido.

—No creas que vaya—me respondió mi madre—eso se puede hacer después.

¿Cómo ban de andar en negocios en estos días? Sin embargo, temo que ahora que se fué al campo se resuelva á ir de una vez al Cerro. De ese modo, él y D. Braulio estarán aquí esta tarde.

—Pues mejor—concluí yo.

Piedad pareció alegrarse al oír estas palabras, y sus ojos, con una dulce y clara expresion de humildad, me rogaron que no me fuese.

Salí afuera, y no sé por qué en aquel momento me avisó el corazón que debía decir á Piedad antes de irme lo que tanto deseaba, seguro de que en aquella vez no rehusaría ella quedarse un momento sola conmigo ni oír lo que yo le dijera. En efecto, así fué: recargado en una barandilla del corredor esperando el momento de montar, me volví súbitamente al oír el roce de un vestido: era Piedad.

—¡Ah! si todavía no te vas—exclamó.

—¿No deseas tú que te traiga algo de la montaña para el nacimiento?—le pregunté.

—Sí—me respondió humildemente y bajando la voz—¿pero para qué vas tú si se puede encargar el heno y las flores y todo lo demás?

Al hablar, sus ojos apenas podían resistir las miradas de los míos, y en sus mejillas sonrosadas observé la mortificación que aquella escena le causaba.

—¿No quíeres, pues, que vaya? Yo deseaba ir, porque comienzo á ponerme triste y sin saber qué hacer: como tú apenas quíeres estar donde yo estoy y no me platicas.

—Es que me da vergüenza; pero ya no sucederá así cuando vuelvas.

—¿Acaso no sabes que yo te quiero mucho y que deseo estar siempre contigo?

—Sí; pero, ¿no te digo que me da vergüenza. y así como miedo?.....

—¿Miedo? ¿de qué?

—Pues no sé. de que me vea la señora. Pero cuando vuelvas hemos de platicar.

—¿Y ya no te andarás escondiendo de mí?

—No; ¿no ves que á mí también me gusta estar contigo?

—No lo demuestras mucho.

—Pero si ya te dije por qué.

—¡Ah! ¡entonces puedo estar seguro de que también tú?....

Y adivinando lo demás de mi pregunta en la mirada, sus mejillas tomaron un tinte de rosa más subido que otras veces.

—Sí, sí.... mo interrumpió ocultándome su rostro y entrando al salón muy avergonzada.

Aquella expedición á la montaña me era ya penosa. Acababa yo al fin de revelar mi amor á Piedad, y al sentir inundado mi corazón de incomparable dicha, la casa de mis padres me atraía de un modo irresistible, y era más bella para mí que las espléndidas y calladas montañas que iba á recorrer.

Un cuarto de hora después me reuní á mis amigos y salimos del pueblo.

XII.

Cuando en la tarde volví, Piedad me esperaba ya en el portal interior de la casa: el suave carmin del rubor no había desaparecido aún de su semblante. Me acerqué á ella inmediatamente, le entregué un ramo que en la montaña había formado para eso y le pregunté si había vuelto mi padre.

—Todavía no—me respondió—pero la señora cree que se fué para el Cerro y que debe llegar hoy con mi papá, aunque ya con la noche.

—Pues ojalá—repuse—así estarás más contenta. ¿Quíeres esperarme aquí mientras voy á saludar á mi madre? Acuérdate de lo que me has prometido.

—Sí.

—Vuelvo pronto.

Hallé á mi madre en el salón donde se disponía la Posada; y en aquel momento veía el beno, las flores y otras yerbas aromáticas que yo había traído y que el mozo acababa de poner á su vista.

—¿Ya sabe Piedad que has vuelto?—me preguntó—si no, llámala para que venga á ver todo esto.

—Viene ya—le respondí.

Cuando volvió á donde había quedado yo esperándola, traía en un delantal

muchas flores, y me dijo que tenia que formar unos ramilletes para el altar; pero como ya faltaba poco tiempo, queria que yo le ayudase.

Piedad tenia aquel dia un sencillo vestido de muselina color de rosa; su abundante cabellera, peinada primorosamente, estaba recogida en dos gruesas trenzas adornadas de cintas negras; y un collar de oro de cuentas pequeñas y unos hermosísimos pendientes del mismo metal, daban cierta expresion encantadora é irresistible á aquel conjunto de inocencia, de belleza y de angelical candor; yo no me cansaba de contemplarla.

—Te has puesto hoy muy elegante, le dije cuando nos quedamos solos.

—Elegante no; pero como hoy tiene que venir aquí mucha gente, debo estar limpia.

—Y más hermosa que nunca, ¿es verdad?

Las blancas facciones de la niña se tiñeron súbitamente de un vivo encarnado, no tanto por mis palabras, cuanto por el acento con que las pronuncié; con él habia traído á su memoria lo que entre nosotros habia pasado en la mañana; ruborizada así, su pudor era el pudor de un ángel.

—¿No es verdad? volví á decirle.

Entretenida con las flores no alzaba los ojos para mirarme, pero comprendiendo yo lo que en aquel momento pensaba, insistí en mortificarla.

—¿A que sé por qué te has puesto así?—le dije.

—¿Cómo?

—Muy elegante, muy bonita y callada. ¿Ya no me quieres hablar?

—¿Pues acaso no estoy hablando?

—Sí, pero no como yo quiero. Y no te olvides de lo que digo. Dime, Piedad, si yo te hubiera suplicado que te vistieras así, ¿lo habrias hecho?

—Segun.

—¿Cómo segun?

—Sí; porque si era para hacernos burla....

—¿Burla? ¿acostumbro yo hacer eso, menos contigo?

—No; pero como yo soy ranchera, y....

—Muy bien, muy bien; por eso que dices, precisamente por eso, te quiero á tí solita.

—Es que tú eres muy bueno..... más yo siempre me avergüenzo..... En la ciudad debe haber mujeres muy lindas, y tambien aquí en el pueblo hay.

—Pues yo todavia no las he visto. ¿Y qué te parece de una que me hallé en el Cerro, en casa de D. Braulio? ¿No crees que es más hermosa?

No sé quien es, me respondió con voz imperceptible y dibujando en sus labios una inocente sonrisa.

—Yo le he dicho—continué—quo la quiero mucho, y como es tan buena, me ha respondido que ella tambien.... Pero dudo que me quiera tanto como yo á ella.... ¿No lo crees así?

—No—contestó resueltamente.

—Entonces—le dije yo sintiendo en mi alma una felicidad que jamás habia sentido—entonces dame un ramito hecho por tí para que con él me pagues el quo yo te regalé.

—¿Nada más para eso?

—Y para otras cosas.

—¿Cuáles?

—Para guardarlo como tuyo; para que con él me digas lo que no quieras decirme, y para que en él vca yo una prueba y un recuerdo de tu cariño.

Piedad me miró con inefable expresion de ternura y de gratitud, que penetró hasta lo más íntimo de mi alma llenándola de orgullo: en los ojos de la hermosa niña volví á ver aquella mezcla singular de júbilo y de timidez, de amor y de inocencia que tambien sabian hermanarse en ellos.

—¿No me has de dar el ramo?—volví á decirle, viendo que no me habia contestado.

—Sí, ¿no ves que ya lo estoy haciendo?

Y me enseñó las flores que habia elegido.

Despues de un momento, me dijo al presentarme lo:

—Aquí está ya: guárdalo como yo guardaré el tuyo.

Tomé el ramo y acariciándolo la suave y delicada mano con que me lo daba, repuso sonrojada:

—Ahí viene la señora.

En efecto, á poco entró mi madre.

—¿No acaban?—nos preguntó.

—Poco nos falta—dijo Piedad.

—Pues les ayudaré: así acabarán más pronto. Tu padre—agregó después dirigiéndose á Piedad—se habrá entretenido y por eso no ha llegado; pero ni Julian viene. Si vienen juntos estarán aquí á las ocho de la noche. Y el señor cura no debe tardar: me ofreció venir á ver el altar y nuestra sala de Posada, ha mostrado grandes deseos de verte al saber que tú estás aquí, hija; pero si quieres, anda con Julio á dar una vuelta por la plaza mientras viene: ya ves que está muy animada. Yo acabó aquí, al fin ya falta poco.

Piedad, procurando que mi madre no la viese, me preguntó con los ojos si podía aceptar: le contesté que sí.

—¿No rehusas ahora mi compañía?—le dije así que salimos.

—Al contrario—me respondió—quisiera estar siempre contigo.

XIII.

A las ocho de la noche comenzó en el pueblo la agitacion y el bullicio acostumbrados hacia ya siete dias: era la última Posada, y el concurso que se preparaba á presenciarla era más numeroso que otras veces, pues los habitantes de las montañas y de los pueblecitos vecinos habian llegado traídos por su deseo de disfrutar de las alegres fiestas de Noche-Buena. En la casa habia una confusion y un alboroto indefinibles: los chicos habian invadido los corredores, el salon y la huerta, y llenos de infantil alborozo, gritaban, cantaban y reian.

Al fin se encendieron las luces del altar, y el aromoso incienso comenzó á derramar los poraires su delicioso perfume: en la calles se oian las músicas que acompañaban á los Santos Peregrinos, y los cohetes, los cantos y los gritos formaban un concierto tal de entusiasmo y de gozo, que naturalmente se hen-

chia el corazon de piadosos sentimientos.

Cuando las imágenes de la Virgen Maria y de San José llegaron á la puerta, cesó por un momento aquel bullicio, sucediéndole el sordo rumor de la multitud que las acompañaba: despues de los cantos y abierta ya aquella, la gozosa muchedumbre invadió precipitadamente el salon, radiante de vivísima luz y despidiendo el sabroso aroma del incienso y del fresco pinó. El entusiasmo aumentó, sonaron más alegres las músicas y numerosos cohetes atronaban el aire en la plaza: los niños, valiéndose de delgados carrizos que ponian en contacto con el agua, producian unos sonidos agradables y alegres, tradicionales en toda fiesta de Noche-Buena. Concluidos los rezos de costumbre, comenzó á retirarse la numerosa concurrencia: solo quedaron algunos amigos de la casa, piadosos campesinos que no se cansaban de ver á la Virgen en su improvisado altar, y por último, algunas otras mujeres del pueblo que rezaban en respetuoso silencio.

Durante aquella escena que fielmente veo retratada en mi memoria y que en vano he querido reproducir aquí, no aparté los ojos un momento de mi querida Piedad: me agradaba ver en su semblante los reflejos de su veneracion y respeto religiosos, que me anunciaba el tesoro de fe albergado en su inocente alma.

Ya muy entrada la noche, como ella habia rogado á mi madre que la dejase velar á los santos Peregrinos hasta que la venciese el sueño, me acerqué á donde estaba para decirle que se retirara á descansar; y notando su actitud melancólica, le pregunté:

—¿Estás triste?

—No, no tengo nada; pero ya ves que mi papá no ha venido como me lo ofreció. Hoy debia estar aquí, y el señor D. Julian tampoco ha llegado. ¡Ay! ¿qué habrá sucedido? Nada han mandado avisar ¿no es verdad?

—No tengas cuidado por eso—le respondí yo para tranquilizarla.—mañana temprano estarán aquí. Entre tanto, re-

trate ya, pues es muy noche. Yo me quedo; á la madrugada iré á despertar á uno de mis hermanos para que venga á sustituirme.

—No, todavía no: voy á estar otro rato. Quédate conmigo.

Me senté á su lado, y pareció quedar contenta y tranquila; pero luego me dijo:

—Yo tengo miedo de que mi papá haya enfermado; es muy delicado. Y cuando va á sucederme algo, el corazón me avisa.... Si vieras, cuando murió mi pobre mamá, que esté en la gloria, soñé....

—Pero ¿para qué te acuerdas de eso ahora?—le dije interrumpiéndola.—¿No ves que es afligirte en vano y afligirme á mí?

—Sí, pero hoy no estoy sossegada.... ¡Dios mío, Virgen Santísima!—exclamó con el más hondo acento de sincera piedad y dirigiendo sus ojos al altar.—Haced que no le suceda nada á mi papá porque yo me moriría; ó mandadme primero la muerte....

Al cabo de una hora conseguí con mis ruegos que Piedad se fuera á descansar, haciendo esfuerzos al mismo tiempo para tranquilizarla.

Y sin embargo, yo mismo estaba ya alarmado; recordaba lo que algunos días antes me había referido mi madre acerca del sueño que Piedad tuvo la noche que le sucedió la desgracia de perder á la suya. Soñó que venía á ésta elevarse hacia los cielos, en medio de blancas nubes y conducida por un ángel: antes de perderse en las alturas llamaba á su hija: Piedad, que la amaba con todo su corazón, y que había sufrido al verse ya sin ella, angustias de muerte y penas superiores á sus fuerzas de niña, elevó á Dios una plegaria, rogándole que le concediera morir antes que su padre para no padecer de nuevo lo que ya una vez había padecido. El Señor oyó su ruego, y cuando la madre de la pobre niña entró en el cielo, ella se sintió consolada, pues le parecía que pronto la seguiría á la región de los escogidos.

Desde entonces, para Piedad la muerte no tenía nada de temible ni de cruel:

en vano se le había dicho que abandonara la preocupación de aquel sueño, pues en su sencillez y en su candor esperaba que Dios le cumpliría su promesa y que no la dejaría sola en el mundo. Su padre mismo, al ver la tenacidad con que ella creía que moriría primero que él, se había apenado muchas veces, y no había podido ménos de entristecerse profundamente pensando cuánta sería su desgracia si aquel ángel, que era todo el encanto de su vida, se remontaba al cielo en busca de su madre, dejándolo aquí desamparado y solo, sin consuelo ni esperanza ya de volver á ser feliz.

Sobre todo, los temores de Piedad me preocupaban de un modo indecible: me parecía que su sueño iba á ser pronto una realidad, y temblaba. Porque hay momentos en que el amor nos hace creer en todo, aun en los mayores imposibles, siempre que ellos nos anuncien el peligro de perder á la persona amada. ¿Y la inocencia, además, no tiene también sus presentimientos? ¿por qué aquella aflicción anticipada de la dulce niña; por qué aquella zozobra, cuando ninguna noticia mala había llegado á sus oídos, y cuando, por el contrario, sabía que pronto llegaría D. Braulio? ¿por qué recordar aquel fatídico sueño en los momentos en que á su alrededor todo era contento, júbilo y animador bullicio? Pensaba en la juventud, la lozanía y la frescura de Piedad, y pensaba que era imposible que algún mal le hiriese de muerte; pero si sobrevenía una desgracia ¿podría resistirle su alma delicada y sensible?... En vano procuraba tranquilizarme yo mismo; aquella preocupación afectaba mi ánimo tan profundamente, cual si hubiese sido una realidad, arrebatándome en un momento el sosiego y la alegría de que antes disfrutaba.

Al amanecer del día siguiente llegó mi padre: D. Braulio no venía con él.

—¿Y mi papá?—le preguntó Piedad llena de cuidado y casi palideciendo.

—Se quedó, hija, porque dice que tiene mucho que hacer y no puede dejarlo.

Evidentemente, habia en mi padre al pronunciar estas palabras una estudiada reserva: yo, que lo conocia bien, así lo comprendí, pues ni su serenidad de aquel momento ni la indiferencia de la frase le eran habituales, por más que él hubiese procurado disimularlas dando á su voz un acento de dulzura y de tranquilidad. En efecto, cuando ya Piedad no estaba allí, le dijo á mi madre:

—Don Braulio está enfermo: él dice que no es nada, pero ya sabes tú el peligro que corre de agravarse cuando las punzadas le comienzan y no se les ataca. Quería venir, pero temiendo que le hiciese daño andar á caballo, le obligué á quedarse. Voy á mandar al médico hoy mismo, y si sigue malo don Braulio nos vendrán á avisar luego. No digan nada á Piedad.

Esta, en todo aquel día, estuvo inquieta y molesta: mis palabras apenas conseguian distraerla un momento. Dios sólo cómo lo avisaba el corazón lo que iba á suceder!

XIV.

Llegó por fin la esporada noche de Navidad, pura y serena, majestuosa y llena de poesía. La luna la iluminaba con todos los resplandores de su clara y plateada luz, y las estrellas lucian en el cielo suave y apacibloamente.

En el pueblo, el bullicio continuaba siendo extraordinario; los gritos de entusiasmo repetidos; la alegría de todos completa. Numerosos puestos de dulces y de otras sabrosas golosinas, perfectamente iluminados, formaban en la plaza prolongadas y vistosas calles, que sin cesar recorría una concurrencia abundante.

En casa, poco antes de las ocho, el señor cura, sentado en un sillón bajo el portal interior y rodeado de muchos niños, refería á éstos la siempre poética, conmovedora y sublime historia de Navidad. Piedad la oía desde un lugar apartado con respetuosa atención y singular interés. Hé aquí lo que el excelente sacerdote decía á su infantil auditorio:

“El rey de Judea habia dado una ley para que todos sus súbditos marchasen

a la capital á empadronarse; y, obediéndola, multitud de familias se habian puesto inmediatamente en camino, condecinadas por magníficos trenes ó ligeras cabalgaduras, y con todas las comodidades de viaje de que pueden disfrutar los dueños de cuantiosas riquezas. La Santísima Virgen María y su casto esposo Señor San José, se dirigieron también á la ciudad para cumplir con la disposición del rey; pero como su pobreza era muy grande, él caminaba á pie, y la Virgen en una mansa y pacífica pollina. Ya la noche empezaba á caer cuando llegaron á Betlen: venian cansados, y aunque en aquel país eran totalmente desconocidos y no tenían en él un pariente ni un amigo en cuya casa pudieran hospedarse, San José, sin embargo, queriendo que su santa esposa pasase la noche al abrigo del helado viento del invierno, buscó alguna parte en donde pedir posada. Todos los mesones estaban ya ocupados por ricos comerciantes, por sus criados y aun por sus cabalgaduras, y en las casas á que el Santo Patriarca acudió pidiendo un rincón por toda hospitalidad, se les despidió con desden, porque su presencia bastante pobre y humilde, no prometía á sus dueños la más módica ganancia por el alquiler. La Santísima Virgen estaba en cinta y comenzaba ya á presentir la hora del parto; pero la maldad de los hombres no habia permitido que los santos Peregrinos tuvieran todavía un lugar apropiado para recogerse. Ellos, empero, en su angelical sencillez y mansedumbre, sufrieron con paciencia tan repetidos desaires; y elevando al cielo sus miradas, oraban á Dios, y sus almas se sentian henchidas de dulcísima esperanza. El afligido esposo condujo á María á los alrededores de la población, en busca tal vez de la pobre choza de algun pastor que sin duda se abriría para darles abrigo: pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. A un lado del camino divisaron un punto negro, y á él se dirigieron: era una solitaria y abandonada gruta que servia de pesebre á los animales del campo. María y San José dieron gracias al cielo

fervorosamente, y entraron: la oscuridad era completa, pero á poco observaron que no estaban solos: en el establo se hallaban un buey y una mula, los cuales permanecieron quietos al entrar los fatigados viajeros. ¡La hospitalidad que, entre los hombres no habian encontrado, la hallaban al fin entre los animales!...

“En aquella gruta, hijos míos, y hacia la media noche, la Santísima Virgen siempre dichosa entre todas las mujeres! dió á luz sin dolor alguno al Niño Dios, más bello y más hermoso que los querubines del cielo. Súbitamente la gruta se llenó de una luz apacible y desconocida, como si todas las estrellas hubiesen enviado sus más suaves resplandores á aquel ignorado rincón del mundo para iluminar la pobre cuna del Hijo de Dios. El corazón de María, más puro que los copos de la nieve virgen de las montañas, rebotaba en una felicidad inefable y dulcísima: contemplaba respetuosamente y con amor al Santo Niño, pues sabía que era su Dios y su Señor: veía envuelto su cuerpecito, semejante á un fresco y suave botón de rosa, en pobres pañales, pero su alma de madre se consolaba al sentir que el buey y la mula calentaban el ambiente con su respiración. El Niño Dios sonreía inocentemente, al ver á los ángeles que poblaban la gruta y al oír los dulces armonías de sus cánticos.

“Entretanto, la naturaleza toda celebraba con regocijo el nacimiento del Salvador de los hombres: el cielo estaba sereno y diáfano, como una lámpara de azulado cristal; la luna y las estrellas brillaban con su igual esplendor, y los ángeles entonaban en las alturas himnos de alabanza y de gozo. El ángel del Señor, mensajero de su voluntad, se apareció á unos pobres y sencillos pastores y les dijo: “Id á Betlen y adorar al Salvador de los hombres que ha nacido ahora, y le hallareis en una gruta, recostado en un pesebro y envuelto de pobres pañales.” Y el ángel desapareció elevándose hacia los cielos y entonando con otros mil este sagrado cántico: “Hosanna, hosanna; gloria á

“Dios, gloria al Señor en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Hosanna al Hijo de David.” Los pastores se apresuraron á ir en busca de la gruta de Betlen; y habiéndolo visto lucir sobre ella un brillante lucero, la encontraron donde el ángel les había dicho. Entraron y vieron al Niño, y lo adoraron.”

“Calló el señor cura: todos los chicos se acercaron á él para abrazarlo y recibir sus caricias y sus bendiciones.

—¿Y por qué hay ahora misa del gallo, señor cura?—le preguntó uno de aquellos inocentes.

—Para celebrar el nacimiento del Señor, le contestó su bondadoso ministro—por eso se dice á la hora en que El vino al mundo. Hoy todos ustedes deben rogarle que los proteja y que mande sus bendiciones sobre sus familias; pedirle que los haga buenos para que nunca le ofendan cuando sean grandes. Hoy todo lo que los niños le piden con buen fin, lo concede; pues como El también fué niño, ama á los niños con singular predilección.

“El infantil concurso comenzó á disolverse en medio de la mayor alegría, llamado por el bullicio y el entusiasmo que reinaban en la plaza y en las calles. Música, cohetes, cantos, todo ¡producía una animación sin igual y daba al pueblo un aspecto inusitado y extraordinario.

¡Bendita y hermosa noche que así reúne en fraternales fiestas á los habitantes de los pueblos cristianos! ¡Bendita Navidad que hace olvidar todos los pesares, y cuyo principal y más raro secreto consiste en derramar la felicidad y el bienestar en los corazones que creen!...

XX

Y aquel movimiento uniforme y general, lejos de terminar parecía crecer á medida que avanzaba la noche: todos esperaban la misa del gallo.

Volví á observar que Piedad estaba triste; yo, por el contrario, me sentía dichoso y tranquilo ya, pues confiaba en que D. Braulio no habría seguido malo y en que el médico habría cortado acer-

tada y eficazmente los avances de la enfermedad.

—Tranquilízate, Piedad—decía yo á la jóven—¿qué puede haber sucedido á tu papá?

—No sé... ¿pero por qué no ha venido entónces? Habría dejado cualquier quehacer... ¡y él, que segun me ha dicho, nunca ha faltado una sola vez en su vida á la misa del gallo, hoy va á faltar!... ¡Y ese sueño!...

—¿Insistes en pensar en él?

—¿Cómo no, si no puedo olvidarlo?

—¿Qué temes, pues?... Tú estás buena... mañana verás á tu papá temprano: si él no viene por tí, yo te llevaré con mi padre á la montaña.

—¡Ay! ¿me lo prometes?

—Sí, Piedad: pero no pienses ya en el sueño.

—No, no; ya no pensaré.

Dieron las once, y un alegre repiquio se dejó oír en aquel momento: era la primera llamada á la misa del gallo. Pero casi al mismo tiempo sonaron las herraduras de un caballo en el patio.

—¿Quién es?—pregunté adelantándome.—Ah! eres tú, Miguel—agregué, al reconocer á uno de los criados de D. Benito.—¿Qué hay?

—El señor sigue malo y quiere que vaya el señor cura.

Estas palabras me helaron la sangre.

—Dice también que se vaya la niña Piedad—continuó el criado.

—¿Pero por qué no has venido á avisar ántes?

—Porque él no había querido. Creo que el señor cura no podrá ir sino hasta que pase la misa ¿verdad?—me preguntó Miguel.—Al fin hay buena luna: llegaremos allá al amanecer.

Ávisé á mi padre, que inmediatamente dió orden para que se ensillaran los caballos.

—Quédate aquí—me dijo en seguida—yo voy á ver al señor cura para que partamos al salir de misa.

—Pero el tiempo urge—le repliqué.

—Sería bueno que Miguel se adelantara con esas medicinas que encarga el médico.

—Pues mándalas traer, y que se va-

ya. Entretanto, evita á todo trance que Piedad sepa esto ántes de partir.

Pasada media hora, nos dirigimos todos á la iglesia: yo sufría dolorosamente al pensar en la gravedad de D. Braulio, y rogaba á Dios desde el fondo de mi corazón, que evitara á Piedad una desgracia en la que pudieran peligrar su vida. Las almas de sensibilidad exquisita como la suya, apenas pueden resistir las pruebas que el cielo les envía.

Cuando entré en el templo, profusamente iluminado y lleno de deliciosos perfumes, experimenté una sensación indefinible: se confundían en mi alma la tristeza de que me hallaba poseído y el natural regocijo de contemplar aquel imponente cuadro; junto á mis temores y mis inquietudes presentes, veía surgir del fondo de mi imaginación los gratos y tiernos recuerdos de otro tiempo; y así, conmovido hondamente y casi con las lágrimas en los ojos, contemplaba el nacimiento levantado en el altar mayor.

Estaba éste adornado con sencillez y con arte: multitud de blancos cirios ardían en él; y el heno, cuyas hebras se mezclaban á otras de plateada escarcha, las frescas y olorosas ramas de pino, los graciosos canastillos de verde yerba cubiertos de pintadas flores, y otros mil adornos campestres, lo cubrían por todas partes. Las imágenes de la Virgen y de San José, inclinadas en actitud de tierno respeto, parecían contemplar algo que en medio del altar se ocultaba bajo un velo de blanco lino, el cual debería rasgarse poco después de comenzada la misa. Una multitud inmensa llenaba la única nave del templo, y rezaba callada y fervorosamente: cuadro conmovedor el de aquel pueblo sencillo y creyente que así acudía, en medio de la oración y del silencio, á recordar la escena que en un país remoto había tenido lugar hacia diez y ocho siglos! En el momento en que el sacerdote entonó el sagrado cántico *Gloria in excelsis Deo*, rasgóse el velo del altar que cubría al Niño Dios, y éste apareció dulcemente recostado en un lecho de paja. Las músicas prorumpieron en alegres sonos, repicaron las campanas,

escuchóse el coro de argentinas voces que elevaban al cielo himnos de entusiasmo, y todo fué, en fin, regocijo y armonía: aquellos cantos, que brotaban de los corazones puros de inocentes niños, y los suaves acentos de las flautas de caña que los acompañaban, daban á la fiesta de Navidad un aspecto especial, propio tan solo de ella. Yo me sentía henchido en aquellos momentos de dulce y tierna piedad; y el delicado aroma del incienso, el fresco olor de las yerbas del altar, el júbilo inmenso que brillaba en los semblantes, la respetuosa actitud de todos y el fervor con que dirigían á Dios sus oraciones; todo comunicaba á mi alma un bienestar inefable, y la hacía gozar doblemente con estas pompas de las ceremonias y fiestas cristianas, tan llenas de poesía y de verdad y que tanto conmueven el espíritu.

Cuando, pasada la misa, salimos todos de la iglesia y me reuní á Piedad, anuncié á ésta que inmediatamente nos íbamos á poner en camino para la montaña. Al principio pareció alegrarse en extremo; pero al llegar á casa, y ver que iban á acompañarnos mi madre y el señor cura, y sobre todo, al observar el silencio con que se hacían los preparativos del viaje, la cuidada reserva con que hablabamos todos y que procurábamos guardar cerca de ella, se alarmó de tal manera, que temí lo hubiese comprendido todo. Nada nos dijo, sin embargo; permaneció callada, una mortal palidez cubrió su hermoso semblante y á la luz de la luna ví brillar algunas de sus lágrimas. Mi madre, que para irle preparando á las fuertes emociones que quizá iba á recibir, le había ya dicho que su padre estaba algo enfermo, procuraba consolarla; asegurándole que el médico se hallaba á su lado, y que nosotros llegaríamos á tiempo para atenderlo más eficazmente.

Así, alumbrados por la luna de Navidad y guiados por un sacerdote, mis padres, Piedad y yo nos dirigíamos en silencio y con el corazón atribulado, al lecho de un moribundo, quizá á la tumba de un muerto. . .

XVI.

Amanecía: las nieblas como gasas vaporosas, se mecían sobre los valles á impulsos de la brisa matinal, ó suspendidas de las crestas de la sierra y deslizándose sobre ellas, cubrían por un momento los collados, envolviéndolos en su flotante sudario. La escarcha cubría las piedras, las hojas de los árboles y la yerbecilla del campo; y á lo lejos comenzaba á oírse el canto de los gallos, los ladridos de los perros y el mugido de las vacas: todo despertaba en la montaña, y la naturaleza parecía renacer á una nueva vida. El concierto de la mañana era, como siempre, animado y espléndido; pero ¡ay! ¿quién podía disfrutar de él en aquellos momentos de aflicción y de dolor?

Ví á Piedad, no gozosa y feliz como otra vez, sino con su hermosa marcha por el insomnio y las lágrimas, con sus ojos empañados por el llanto, y con la impaciencia y la pena retratadas en su rostro.

El sol empezaba á disipar las nieblas y á dorar las cimas de los montes, cuando divisamos en el fondo de la pintoresca cañada la alegre casita de D. Braulio: á su vista, un nuevo torrente de lágrimas brotó de los ojos de Piedad y nuevos sollozos ahogaron las quejas en su garganta.

—Consuélate —le dije— ya vamos á llegar. El médico está aquí desde ayer, y á estas horas tu papá debe estar muy aliviado.

—No te aflijas así, niña —le dijo también el señor cura.— Dios todo lo puede, y debemos dirigirnos á él siempre, pidiéndole sus mercedes. Y en todo caso, debemos acatar y benedicir su voluntad.

Cuando llegamos, el médico nos dijo:

—Está ahora durmiendo; el reposo le ha faltado desde ayer, hasta hace un momento en que al fin pude conseguir que se durmiera.

Y luego, refiriéndose á Piedad, agregó:

—Esta niña viene mala; á ver el pulso. . . —sí, trae calentura.

D. Braulio llamó; y el médico, sin con-

cluid de examinar á la niña, que estaba pálida, acudió al cuarto del enfermo. Luego, volvió.

—Les ha sentido á vdes —nos dijo— quiere que entien, y pregunta por Piedad. Pero sálganse inmediatamente porque necesita de reposo.

Piedad se adelantó á nosotros; y arrojándose en los brazos de su padre, desató el torrente de sus lágrimas. ¡Cuánto nos conmovia y nos hacia sufrir aquella escena!

D. Braulio estaba muy cambiando; en pocos días había enflaquecido de un modo notable; su palidez extremada, su debilidad, las huellas de sus sufrimientos, le daban un aspecto tristísimo y lastimoso. El médico le indicó que no hablara una palabra y que evitara agitarse.

—No llores, hija —decía mi madre á Piedad. ¿No ves que eso le puede hacer mal á tu papá? Necesita ahora de tranquilidad: vámonos para afuera.

—¡Ay, Dios mío!... —se quejaba D. Braulio, herido por el terrible dolor y contestando apenas á las tiernas caricias de su hija.

Apartamos á esta, casi á la fuerza, del lecho del enfermo, porque era preciso dejarle en sosiego, y porque su aflicción podía hacerle mucho mal: cuando la llevamos á su cuarto, por orden del médico, para que éste concluyese de examinarla, la frente de la pobre niña ardía con el fuego de la fiebre, su cuerpo temblaba y en sus miradas ví con espanto esa vaguedad, ese brillo siniestro de los que no se dan ya razón de sí mismos.

—¡Santo Dios! —dijo el médico preparando en la pieza contigua una enérgica bebida, — esta niña se pone grave. ¿Estuvo en la misa del gallo?

—Sí —le respondió mi madre.

—Pues su aflicción ha avivado la calentura que se apoderó de ella al salir de la caliente atmósfera de la iglesia: el frío de la mañana le ha hecho muchísimo daño después de aquel calor.

—¡Dios mío! ¡el sueño! —exclamé yo fuera de mí al oír estas crueles palabras!

—Todavía puede ser tiempo —dijo con serenidad y con confianza el prudente facultativo.

XVII.

Sucedió lo que el médico temía: el abrasador y envenenado fuego de la fiebre se apoderó de aquel cuerpo delicado, y con la rapidez del rayo produjo en él casi instantáneamente sus destructores y mortales efectos. El delirio vino luego, alarmante, terrible, espantoso; y en un momento se declaró la crisis de que depende muchas veces la salvación del enfermo. Si el médico acertaba al combatirla y triunfaba de ella, cuando llegara la noche, llegaría también á nuestras almas la consoladora esperanza. Entre tanto, mi padre procuró ocultar á D. Braulio la nueva desgracia que pesaba sobre él; si llamaba á Piedad, le distraía con su conversación y disculpaba su tardanza, inventando cualquier pretexto; el pobre señor se resignaba á esperar diciendo: "Es mejor: así no me verá padecer estos dolores que me matan."

El señor cura, después de haber prestado á D. Braulio los auxilios espirituales, quiso detenerse aún en la montaña para no regresar al pueblo hasta en la tarde; pero al ver que Piedad seguía muy grave, disfrío su marcha para el día siguiente, pues no quería faltar, como él dijo, en el trance fatal en que la inocente y buena niña pudiera verse. D. Braulio se sintió mejor, entrando poco después del medio día en un sueño profundo y tranquilo; el médico no dudó ya de su salvación.

Pero ¡ay de mí! cuán dolorosos fueron los sufrimientos de mi corazón en aquel día inolvidable! Durante él ni mi madre ni yo nos apartamos un momento del lecho de Piedad. Hoy que lo recuerdo, no comprendo cómo pude tener ánimo para hacerlo así. Con miradas angustiosas seguíamos los movimientos de la enferma, que en medio de su delirio repetía el nombre de su padre alternado con el mío; su respiración era agitada; su inmovilidad, á veces, aterradoramente funesta.

A la entrada de la noche, los sínto-

mas de una reaccion poderosa que el médico esperaba despues de la aplicacion de enérgicas medicinas, no habian aparecido aún; y si bien la confianza alentaba todavia en nuestros corazones, en aquel momento todo lo creimos perdido. Mi afliccion entónces no conoció límites: sentí algo extraño en mi alma, el olvido de mí mismo; estaba como sofocado, y todo se presentaba á mis ojos anunciándome la más cruel de las desdichas, el más amargo dolor que á la sazón podia sufrir. No supe qué fué de mí aquella noche: despues me dijeron que habia caído en una especie de sopor ó desvanecimiento que me tuvo sin sentido durante muchas horas, y que aumentó el desconuelo y la angustia de la familia.

Ya á la madrugada pude volver al lado de Piedad: la pobre niña, despues de una hora de reposo en que el señor cura recibió su confesion, habia entrado en un segundo delirio: aquella vez repetia mi nombre con más frecuencia, si bien sus exclamaciones eran tranquilas y lentas.

—¿Lo ves?—decia—no me engañé.... Y tú que creias que íbamos á estar muy contentos esta Noche—Buena!... ¡Mira á los santos Peregrinos! ¡cuántas luces hay en el altar, qué olor tan agradable! Han quemado mucho incienso. Julio, ¿ya están los caballos? Vámonos ya, porque es muy tarde.

Y luego, despues de un momento de silencio, continuaba con acento cariñoso:

—No te aflijas: ya no pensaré más en el sueño. Mím, como te quiero mucho, no quiero que suceda; me dá miedo.... No, no, Dios mio.... Julio, Julio, ven, no te vayas: siéntate aquí, junto á mí. Eso es: ya no estoy triste.... Pero mi papá no viene. ¿Qué le habrá sucedido? Julio, no te vayas, to lo ruego, no me dejes sola. Avisa á mi papá que ya llegamos. ¿Qué gusto le va á dar!... ¿No está enfermo, verdad?... Desde aquí veo la gruta de Betlen; ¡cuánta luz! Y el Niño se sonríe....

Esta escena nos llenaba de dolorosa pesadumbre: sin apartar la vista del

médico, seguíamos con ansiedad todos sus movimientos y todas sus miradas, queriendo sorprender en ellas los temores ó las esperanzas que su atenta observacion le inspirara. ¡Ay! ¿para qué recordar aquellas últimas horas, pasadas bajo el mismo techo que habia visto correr los pacíficos años de la niñez de Piedad? ¿Pam qué atormentar mi corazón trayendo á la memoria los momentos de aquellos momentos de amargura, de dolor y de lágrimas?

Al amanecer, el cuerpo de Piedad, semejante á la marchita azucena de la montaña, descansaba sobre almohadones de blanco lino, entre cuatro cirios, cuyas llamas agitaba blandamente el helado viento matinal.

¡Ay de mí! ¿de dónde tuve fuerzas para contemplar tan doloroso cuadro? Si la amaba tanto, si mi vida estaba ya solo en la suya, Dios mio, ¿cómo pude sobrevivir á su muerte?...

XVIII.

La noche de aquel día fatal me sorprendió en el cuarto mortuario, inmóvil, con la mirada fija en el pálido rostro de la niña. En sus ojos medio entrecerrados aún y en sus labios que parecían sonreír, habia todavia aquella cándida expresion de inocencia que jamás le habia faltado.

Estaba yo allí con ella, solo, entregado á mi dolor, padeciendo con amargas reflexiones y fúnebres pensamientos. Deseaba morir.

Abrió la ventana: un aire frio, impregnado de los perfumes de la sierra, penetró en la estancia. Yo me sentia arder, y por mi frente corría un sudor helado: apenas tenia fuerzas para sostenerme.

La cariñosa solicitud de mi madre vino á alejarme de aquel lugar; y al día siguiente, cuando yó desperté, Piedad ya no estaba allí. Sus inocentes y queridos restos descansaban ya en el cementerio de la montaña, lugar sagrado donde pronto las flores rodearian su tumba.

VICTORIANO AGÜEROS.

—:o:—